

guantes marrones<sup>1</sup>



<sup>1</sup> guillermo gonzalo schiava d'albano [gschiava@iua.edu.ar](mailto:gschiava@iua.edu.ar) ; [willyaero@hotmail.com](mailto:willyaero@hotmail.com)

Llegué a Bariloche junto a Erica, después de un vuelo sin mayores inconvenientes. Habíamos partido de Córdoba, al medio día hacia Aeroparque. Esperamos unas horas y finalmente abordamos el avión, que nos trajo a Bariloche.

Por mi trabajo, no tengo muchos días libres y fue su idea la de tomarnos este *fin de semana especial*, dentro de las vacaciones de verano. Hace ya cuatro años que estoy en España y también cuatro que salimos.

Nos conocimos por casualidad, mientras realizábamos nuestro doctorado. Las primeras palabras intercambiadas, fueron de las mas difíciles de mi vida. La veía tan distante he imposible, que al escuchar su voz supuse que no me estaba hablando. Nos encontrábamos en la biblioteca y me preguntó sobre cierto libro de ecuaciones diferenciales. Lo tuvo que hacer, dos veces para que reaccionara. Me ruboricé en el instante... no puedo recordar mucho de aquel encuentro. Estaba entretenido, pensando en como tenia que actuar y que palabras decirle, para no quedar mal. En medio de ese caos interno, le dije que estaba muy ocupado y que tenia que marcharme. No se me ocurrió otra cosa. Aquella noche no pude conciliar el sueño.

La volví a encontrar mientras caminaba, en mi primer fin de semana en Barcelona. ¡Cuanto me sorprendió su amor por las artes y la arquitectura! Caminamos durante horas y conversamos en la rambla, con la Sagrada Familia, a nuestras espaldas. En el momento de volver a la residencia de la universidad. Nos tomamos de la mano y decidimos perdernos por unas horas mas...

Partimos en pleno Agosto desde Europa. No estábamos preparados para estos fríos americanos. Amparados por el Mediterráneo, la piel pierde *lo curtido* en la Patagonia Argentina. Compramos algo de ropa en Córdoba mientras visitábamos amigos, pero este frío es diferente.

El taxista, nos aconseja ir a ciertos negocios. En los cuales, afirma, nos darán una tasa de cambio preferencial si mencionamos su nombre. Erica me sonríe y hace un gesto afirmativo al conductor para que nos lleve a ese lugar.

Ella tiene la capacidad de ponerme de buen humor, bajo cualquier pretexto.

En la tienda, al escuchar nuestro acento español (nos divierte jugar, a los turistas extranjeros). Nos quieren vender, un completo juego de ropa de cuero. Le coloco una boina a Erica y le queda maravillosamente bien. Estos son los momentos en los que me pregunto. ¿Cómo puede estar a mi lado? Estas dudas que vienen a mi mente, son las propias del amor. Y se podrían ver como simples cuestionamientos, sin mayor peso o importancia. Soy consiente, de lo que siento por Erica y lo que ella siente hacia mí. Ella es muy importante en mi vida, como lo soy en la suya.

Cuando pienso en ella y en aquello que me impacto y sedujo. Fue sin lugar a dudas, su seguridad, en aquellos claustros universitarios y en la *rambla, con la Sagrada Familia a nuestras espaldas*. Con el tiempo la descubrí también en sus temores y vacilaciones. Y también ella, en la medida en que me fui brindado, comenzó a saber quien era su compañero de aventuras. Momento de dar un paso mas y comenzar nuestra relación de noviazgo.

-Solo si tu también te compras una, que va te la regalo ¿cuál te gusta? - me lo dice en con su acento catalán, mientras sonríe de manera cómplice. Me resisto, pero termino aceptando su oferta. *Que va, chaval*, me repetirá unos minutos mas tarde.

Siempre nos tomamos de las manos, como aquel ocaso en Barcelona. Ambos tenemos las manos congeladas y es imprescindible la compra de unos guantes. Entramos, en la primer tienda con guantes en su vidriera.

Mientras me muestran algunos modelos, Erica es atendida por otra empleada. Los observo a todos, y me vienen recuerdos de mi niñez en Esquel. Y aquel dolor y frío en mis alegres manos de tres años. Había sido un invierno particularmente cruel. El pueblo había quedado aislado por mas de un mes. La nieve, me llegaba casi a las rodillas. Con Carlitos mi hermano menor, la tensa situación del pueblo. Nos preocupaba tanto, como ordenar la pieza. Mamá tenia todas las respuestas, salvo cuando nos pedía que hiciéramos alguna tarea desagradable como ordenar los juguetes o *dejar a los grandes charlar tranquilos*. Me estremezco de solo pensar en su amor, y en su capacidad para

hacernos felices. Aquella tarde estaba con Carlitos jugando en el patio, totalmente cubierto por la nieve. El árbol *de las peras* como todos los demás (excepto por los pinos) estaba carente de hojas.

Mientras mamá nos miraba a cierta distancia. Y papá buscaba cabizbajo leña para el hogar. Comenzamos nuestras escaramuzas. La nieve, material de nuestras armas. Árboles y paredes, nuestras trincheras. Pronto sentimos como un millón de agujas en los anaranjados dedos. Clamé y clamamos a mamá por una solución. Ella tomó lo que tenía a mano. Unas bolsas de plástico y nos dio dos a cada uno. Probamos pero el frío era el mismo. Además no se podían tener en ambas manos. Porque se resbalaban. Era necesario con la mano izquierda sostener, mediante el propio agarre que proveen estas. Aquella bolsa, en la mano derecha. Entonces recordé que tenía un par de guantes marrones de lana. Que, cuando los utilizaba directamente en la nieve, se humedecían perdiendo toda capacidad para resguardarme. En aquella época también, estaban otro tipo de guantes, los que usaban los esquiadores en "La Hoya" pero no eran accesibles para el bolsillo de la familia.

Corrí a buscar aquellos guantes de lana a casa. Como solo un niño puede hacerlo, cuando tiene todas sus energías dirigidas, a eso que cree, lo hará más que feliz. Me veo, sin aliento buscando debajo de las camas, en el ropero y en los alrededores de la cocina. No podía demorarme, Carlitos aguardaba para continuar nuestro juego. Y si el tiempo era excesivo, perdería todo interés en él.

Jamás los encontré. Volví a jugar con Carlitos disimulando mi descontento y pidiéndole a Carlitos lo mismo. De manera de no lastimar a mamá. Ella no se merecía saber de mi; nuestro dolor en las manitas. Por no tener aquellos fantásticos guantes de esquiador...

Aún la recuerdo mostrándonos, la técnica del uso de la bolsa de plástico en la nieve, mientras nos alentaba a seguir jugando.

Y ahora los tenía frente a mi. Con solo darle mi tarjeta de crédito y una simple firma. Estos fantásticos guantes de esquiador serían míos.

-¿Te decidiste por alguno? - me interrogó Erica.

-Si - le comente - pero no están en esta tienda.

En un puesto callejero los vi, marrones, de lana. Iguales a los de mi infancia. Los compré inmediatamente. Y le pedí a Erica una bolsa, de tantas, en las que traíamos nuestras compras.

Me coloqué los guantes, y puse mi mano derecha dentro de la bolsa. Con la izquierda sostenía la bolsa para que no se cayera. Erica me miraba extrañada. Hice una bola de nieve la sostuve y aguarde unos segundos. Luego la deposité en el suelo, con extrema dulzura.

-Sabía que tenía razón-dije en voz alta

-¿Qué dijiste Dani?

-Que te quiero mucho- y la besé en los labios.

Jamás le conté la causa de mi conducta, pero estoy seguro que me entendió. Aquellos días en Bariloche transcurrieron, por lo demás, normalmente.

Antes de partir de Argentina, encontré una vieja foto en casa de mis padres. La cual aun conservo, en la que estoy en la nieve junto a mi familia. No le he colocado marco alguno. Pienso que estropearía su hechizo, si alguien mas la viera. Es por ello que permanece en el segundo cajón de mi escritorio. Custodiada a ambos lados por mi par de guantes marrones. Siempre listos a la primera señal de nieves invernales y recuerdos siempre añorados...